

Reflexiones sobre el misticismo

Alejandro Ramírez Hernández

RESUMEN

El final de milenio ha intensificado el misticismo de la sociedad occidental. En este ensayo se reflexiona sobre la necesidad del hombre de creer en lo sobrenatural y cuestiona si cualquier forma de expresión del misticismo es aceptable. Propone criterios para fundamentar los juicios acerca de la validez de cada creencia.

Únicamente cuando los hombres enrollen al cielo como un cuero
habrá un fin a la miseria, a menos que Dios sea conocido antes¹

AMENAZA LATENTE

El cambio de milenio ha incrementando en los hombres la necesidad de volver a creer en lo divino, lo sobrenatural. En este texto llamaré *afán místico* o *anhelo místico* a ese impulso. Tal fenómeno representa una situación de alto riesgo para la sociedad, cuando no un problema inmediato. Esto se debe a que el afán místico es un "hambre que no se ha saciado", o en ocasiones se sacia con cultos que entorpecen el desarrollo del individuo y la sociedad, mismos que, llegan a ser destructivos. No hay una relación causa-efecto directa entre los cultos que elige una sociedad y las bondades o

¹ Svetasvatara Upanish, (*tanque Dios sea conocido antes*, según otra traducción).

problemas que tenga, pero es claro que tal relación define un escenario que propicia sus correspondientes patrones de conducta, tanto por la vía de la moral, que va asociada a un sistema de creencias, como por la actitud hacia la vida que desarrollan quienes se apropian de una convicción de índole espiritual.² Es claro que nuestra sociedad no es utópica, hay demasiados males que lo prueban: la injusticia, la miseria. La falta de respuestas al afán místico y las réplicas nocivas son lo que está alejando a la humanidad de un *posible*³ destino sublime. Existe el peligro de “encontrar” satisfacción espiritual con soluciones que degraden el espíritu humano. Los grandes problemas económicos, morales, raciales, políticos, etc., son en realidad extensiones de aquel problema básico.

Las huellas que la humanidad está dejando en el planeta indican que a veces deambula sin orden ni coordinación, tropezando, sin un propósito unificado, avanzando por inercia. El afán místico es un motor siempre en marcha,⁴ no es posible apagarlo. Sólo hay que asegurarse de enfilarlo en la dirección correcta. Apagar el motor no es la solución, simplemente hay que encaminarlo; o al menos tratar de evitar que nos lleve en dirección equivocada, una que se oponga a la vida. Lo único que sabemos con certeza es que el afán místico existe, que es un arma de doble filo, y que para utilizarla en beneficio del individuo y la sociedad hay que intentar conocerla. La humanidad, como cualquier otra especie, ha seguido las leyes de la evolución; podemos considerarnos una unidad cuyos elementos individuales (hombres) están dispersos. Este organismo al que pertenecemos tiene células altamente especializadas: universidades, hospitales, centros de investigación científica, cárceles, templos y clínicas psiquiátricas. Pareciera que la humanidad va descubriendo – o creando – sus propias patologías y luego sus anticuerpos. Si para los desórdenes mentales, físicos y sociales la humanidad elabora sus antídotos ¿podemos pensar que sucederá lo mismo con el afán místico?; ¿la sociedad misma irá encontrando creencias que se adecuen más a sus necesidades, que le ayuden a evolucionar y sobrevivir?

2 La diferencia entre el anhelo místico y los cultos, es que el primero se satisface con estos. El “hambre” en sí no es mala, pero ciertos alimentos pueden ser peligrosos. Se puede decir: el afán místico es natural, no es una enfermedad en sí, pero elegir o alentar una creencia sin evaluarla puede ser extremadamente peligroso.

3 ¿Por qué digo que es un *posible* destino sublime de la humanidad? Porque no podemos asegurar que el destino de la humanidad sea sublime, grotesco o gris. Es más, ni siquiera estamos seguros de que la humanidad tenga un destino, dado que no hay nada escrito al respecto. Tenemos sí, la capacidad de decir, tal vez realizar y declarar que habrá un destino para la humanidad, el cual será trascendente y sublime.

4 Es uno de los motores que nos mueven, pero no el único.

Parece que ello está sucediendo, no podemos decir que los cultos que la humanidad elige la hacen progresar. Estamos en un punto de la historia en que existe la urgencia de aferrarse a alguna creencia, la que sea. Dada la trascendencia de ésta elección, no podemos dejar pasar éste momento crítico, debemos evaluar cuidadosamente las creencias que elegimos.

UN IMPULSO QUE RESURGE

Estoy de tal modo desamparado que ofrezco
a no importa qué divina imagen
mis impulsos hacia la perfección
Arthur Rimbaud

A. D. Sujov,⁵ tratando de fundamentar el ateísmo, decía que no hay nada en la mente del hombre que no venga de su exterior, pero que la capacidad de percepción y abstracción de éste tienen limitantes. De ahí concluye que la religión es una percepción deformada y defectuosa de la realidad. Esto es algo difícil de probar, de rebatir. En caso que aceptáramos que nuestro afán místico es el resultado de un malfuncionamiento del cerebro, tenemos que admitir también que no es achacable a unos cuantos individuos: es una característica inherente a nuestra especie. En cierto sentido lo sobrenatural es parte de nuestra naturaleza. Lo es al menos buscar lo divino, eterno y absoluto, y lo que en común tengamos con ello. ¿Un niño al que no se le hable de lo sobrenatural desarrollaría el afán místico? Es muy probable que no, no como individuo. Pero todas las comunidades humanas lo han desarrollado en algún momento. La historia ha demostrado que en toda comunidad alguien o algo detona ese fenómeno que se generaliza con singular celeridad. Aun sin saber si es la naturaleza humana o el entorno social lo que provoca el afán místico, en la humanidad, como la conocemos, éste siempre existirá. Si se trata de disimular o minimizar la expresión del afán místico mediante la educación u otras medidas, se corre el gravísimo riesgo de estar encerrando a un monstruo en el sótano, pretendiendo olvidarnos de él. Podemos tener por cierto que escapará en algún momento.

5 A. D. Sujov, *Las raíces de la religión*, México, Grijalbo, 1977 (col. 70: 20).

EL AFÁN MÍSTICO

¿Hasta qué punto estoy sobrevalorando el papel del afán místico dentro de la sociedad? Existen muchas necesidades en el hombre: desde las físicas (sueño, alimento, cobijo, reproducción), hasta las espirituales, pasando por las afectivas, identitarias y otras. Todas éstas, como temas en una sinfonía, se elevan, se acallan, se combinan, armonizan, se disfrazan y se apoyan de tal manera que, exceptuando las necesidades primarias, a veces es muy difícil determinar cuáles son las verdaderas motivaciones de las acciones del hombre. Incluso, en el ámbito íntimo es casi imposible ubicar cuáles son las razones o impulsos que nos hacen actuar o pensar de cierta manera. Las distintas necesidades no se encuentran "en estado puro", ni con la misma fuerza en todos los individuos. Quizá se podría decir que cada quien tiene una fuerza vital que se manifiesta mediante distintos impulsos en cada individuo, como una receta que tiene siempre los mismos ingredientes pero nunca en las mismas cantidades. ¿Qué es lo que permite que algunas personas canalicen su impulso vital como afán de poder, otros como instinto gregario, afán místico o manía destructiva? Sólo puede haber dos factores y ambos tienen su influencia: lo innato y lo aprendido. La idea es explorar el efecto de la educación sobre cada impulso vital; averiguar si se les puede avivar, encauzar o evitar que se manifiesten como conductas enfermizas.

En el caso particular del impulso vital que llamé afán místico, por medio de la educación se podría buscar un equilibrio entre la apatía y la idolatría, el fanatismo y el materialismo. Estamos partiendo del supuesto que éstas son formas enfermizas del afán místico. Entonces habría que definir los criterios con los cuales se juzga enfermizo, nocivo, inocuo o valioso un culto en particular. En la actualidad los países cuya legislación prohíbe algún culto, lo hacen porque afecta los derechos de terceros, o bien por intolerancia. No existe una evaluación del valor real porque no existen otros criterios de evaluación en este tema que los del sentido común. Para identificar manifestaciones enfermizas del afán místico, habrá que explicar, en primer lugar, qué es el afán místico, luego, identificar las respuestas asociadas a ése impulso (religión, filosofía, superstición, etc.). Finalmente, podríamos precisar cuáles son los parámetros a valorar. Lo primero es aislar el fenómeno.

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

Si el hombre no tuviera su locura, no tendría nada para protegerse de la realidad. ¿Y quién soportaría eso?⁶

Tres pueden ser los elementos causales que permitan indagar dónde y cómo nació el afán místico: la asimilación del universo; el escape de la realidad; la capacidad de azoro.

La asimilación del universo.- Somos criaturas pequeñas en un universo inmenso. De vidas breves en un tiempo infinito. De comprensión limitada en un mundo de estímulos ilimitados. Pero, hasta donde tenemos evidencia, no hay seres materiales de conciencia superior a la nuestra, que tengan las respuestas que nosotros buscamos con nuestro propio esfuerzo: toda respuesta depende de nosotros, o de algo fuera de nuestra realidad. La asimilación del universo es producto de la conciencia. No somos la única especie que tiene conciencia de sí misma, pero aparentemente nuestro pensamiento abarca más que el del resto de las especies. Y hasta donde sabemos, somos la única especie con afán místico. Pero hasta el momento la complejidad de la estructura y la finalidad del universo exceden nuestro alcance. La conciencia actúa con enorme capacidad de hacer preguntas, sin poder hasta el momento dar respuesta a la inmensa mayoría de ellas. El precio de nuestra conciencia es que solamente somos *cuando nos damos cuenta que somos*, a diferencia de un objeto, sin conciencia, que puede ser aun sin darse cuenta de que es.

El hombre demanda un significado para su vida y muerte, demanda una presencia real que certifique una verdad única del ser,⁷ una guía para su conducta. La curiosidad del hombre requiere saber de dónde salió este universo, quién lo creó. El hombre necesita resolver su incógnita existencial, liberarse de su libertad o asumirla y remediar su soledad universal. Ante todas estas preguntas requerimos una respuesta absoluta –al menos los de mentalidad occidental–, pero ahora los únicos absolutos que tenemos son metafísicos.⁸ ¿Por qué el hombre necesita encontrar absolutos? Quizá por-

6 Lawrence Durrell, *Monsieur (or the Prince of Darkness)*, Londres, Faber & Faber, 1974.

7 Esther Dabah Cohen, *En qué creen los que no creen*, México, Taurus, 1997.

8 Gran parte de la fascinación producida por los absolutos, es que siempre hay mucho más de lo que

que su compleja mente no se satisface con verdades relativas, o porque no puede aceptar que sus conceptos de lo eterno y divino sean considerados superstición por alguien más. Tal vez el hombre simplemente busca de manera instintiva un significado para cada hecho, para cada objeto que llama su atención. La búsqueda de significado lo ha llevado a la filosofía, a la ciencia, a la religión y a la superchería. Buscando explicaciones para hechos particulares se topó accidentalmente con el concepto de lo absoluto.

Escape de la realidad.- Cuando todos los recursos del orbe material se agotan, sólo queda confiar en lo sobrenatural. El mundo de las ideas es mucho más controlable y menos amenazador que el mundo real. Cuando el hombre no tiene control sobre su entorno, o por alguna razón no quiere intentarlo, aún le queda volcarse hacia lo sobrenatural. Ejemplos de ello hay miles. Los hombres antiguos que recurrían a un dios para protegerse de peligros reales (animales, inundaciones, sequías) o imaginarios (que el sol no saliera al día siguiente). Los hombres modernos, al no poder vencer a sus enemigos y opresores, auguran una "dulce revancha" en la otra vida. Aquéllos que no afrontan su condición humana o libertad, acuden a los designios astrales, al destino, etcétera. Mientras que la *asimilación* del universo es un anhelo legítimo, noble y digno de alabanza, el *escape* de la realidad adversa es producto de nuestra inmadurez. Es una debilidad no deseable pero humana; aun si maduráramos y mediante educación la atenuáramos —no se puede erradicar—, esa debilidad permanecería latente y volvería a surgir en el momento más inesperado, causando graves estragos. Aquí, claramente y sin disfraz, aparecen el miedo a la muerte y el sentimiento de impotencia ante los problemas del mundo. En particular, el miedo a morir aquí se presenta como una debilidad resultante de no aceptar ser quienes somos, no estar satisfechos con la realidad, con nuestro trozo de tiempo vital, con nuestra paradójica existencia de posibilidades a una vez limitadas e infinitas.

La capacidad de azoro.- Los dos párrafos anteriores se refieren a necesidades del hombre como factores constitutivos del afán místico. En cambio, la capacidad de azoro no es una necesidad, es un fenómeno que nos acomete sin aviso. Es el único de los elementos relacionados con el anhelo espiritual que no sabemos si es causante de, o causado por él.

podemos ver, mucho más de lo que podemos comprender. Albergan al infinito "dentro de su piel".

La experiencia mística es identificarse con lo absoluto repentinamente. Esa sobrecogedora sensación que a veces nos sorprende mientras miramos al cielo por la noche; ese silencio estremecedor que no sabemos si es la voz de nuestro propio ser, el eco de nuestra soledad o del infinito. En esos momentos sentimos que tenemos en nuestro interior un alma universal entrando en resonancia con el absoluto universal del que formamos parte, como un par de diapasones a la misma frecuencia.⁹ Ya sea a través de meditación, trance vudú, oración, ingestión de drogas, contacto con la naturaleza, éxtasis de creación y recreación artística, y posiblemente también mediante sugestión o hipnosis, gran cantidad de personas certifican que la sensación de la experiencia mística existe, lo que varía es la interpretación. Según a quien se pregunte, puede explicarse como iluminación divina, posesión de un espíritu, contacto con la conciencia universal o, simplemente, logro de armonía interna, es decir, concentrar y aquietar la mente al margen de cualquier elemento sobrenatural.¹⁰

De los tres elementos constitutivos del afán místico, la capacidad de azoro es el más sublime, y el único que posiblemente tenga esencia sobrenatural. Por ello no podemos determinar si es la causa o el resultado del afán místico.

INFLUENCIA DEL ENTORNO EN LA ELECCION DE UN CULTO

¿Estos tres elementos necesariamente van a combinarse siempre para producir el anhelo espiritual? ¿no pueden dar por resultado otro impulso humano, digamos, la conformación de una conciencia de especie? No de modo espontáneo; tendríamos que trabajar en ello mediante un esfuerzo voluntario. La mente humana tiene capacidades asombrosas, puede por ejemplo crear una mentira y luego creerla sinceramente. Se pensaría que esta aptitud la aplica únicamente cuando tiene necesidad de ella, pero en el caso de lo sobrenatural es asombroso ver gente de todas culturas, niveles intelectuales y económicos dispuestos a rechazar una verdad científica comprobable a favor de una creencia que atenta contra la lógica y la experiencia. Quienes incurrn en ello buscan la coherencia con un mito que eligieron,

⁹ Parado frente al océano, E. Nandino exclama: "Adentro de mi piel está tu orilla...". Elías Nandino, *Conversación con el mar y otros poemas (1945-1948)*, México, Delegación Cuahutémoc, 1986

¹⁰ Habrá quien diga que el éxtasis místico es la voz del infinito eterno que vive en nuestro cuerpo, cuando reconoce al infinito eterno que está afuera de él, del cual forma parte.

que para ellos es más valioso, más reconfortante que la congruencia con la realidad. Eso nos habla de una *necesidad de creer* descomunal. O tal vez la explicación resida en la manera que se produce la apropiación de este culto.

Una persona que asume débilmente un culto,¹¹ con facilidad se desprende de él o adquiere uno nuevo. Sin embargo, cuando alguien se apropia profunda y completamente de un culto, deshacerse de él equivale a destruir su personalidad, en la que ése está profundamente enraizado.¹² En los últimos dos siglos se ha producido una desmitificación total, el escepticismo es la única certeza. Los viajes espaciales, la Internet, la teoría de la relatividad y demás logros de la racionalidad humana, han influido mucho en el hecho de que ya nada es sagrado, ya nadie tiene autoridad moral suprema, ya no hay absolutos. En cada generación hay cada vez mayor cinismo, mayor desencanto. En un territorio así, seco y estéril, en apariencia ningún culto puede arraigar con profundidad, pero es exactamente al contrario. El afán místico sigue existiendo. Y como ninguna respuesta aparece como válida, da igual elegir cualquiera. El problema es que, al parecer, esto propicia que nadie sea selectivo respecto de lo que decide creer. Porque para los usos prácticos de cada persona, todo mito puede ser bueno, o malo. Si las condiciones —perfil psicológico y circunstancias— en las que se produce la apropiación de una creencia son favorables, éste en forma automática enraizará profundamente. Por otro lado si las circunstancias son adversas, el mismo culto jamás será aceptado por la persona. Cada mente es distinta, por ello habrá cultos que se adapten mejor a distintos individuos; aun cultos destructivos para el propio individuo o su comunidad.

¿DÓNDE ESTÁ, DÓNDE NO?

Ya identificamos los tres elementos constitutivos del afán místico, el siguiente paso es encontrar las manifestaciones sociales específicas que se

¹¹ Llamo culto en este momento a cualquiera de las respuestas que el hombre elige para saciar su afán místico.

¹² Al hablar de un paciente psiquiátrico al que un médico intentó despujar de sus mitos (fantasías de mundos y personajes imaginarios), Rollo May dice: "Se comportó como un ser humano cuya humanidad hubiera sido destruida. Y eso era literalmente lo que había sucedido. Se habían llevado su alma —definida como la función más íntima y fundamental de la conciencia— y ya no le quedaba nada a que agarrarse". Rollo May, *La necesidad del mito: la influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 21 (Colección Paidós Contextos).

han desarrollado como respuesta a este anhelo. ¿El interés que tiene el ignorante por lo oculto y los ovnis es en esencia el mismo anhelo filosófico del místico o la sed de conocimiento del científico? ¿son simplemente distintas expresiones del mismo impulso que he llamado afán místico?

Irene Nicholson habla de tres niveles en los que los aztecas clasificaban las manifestaciones del afán místico:

Había 3 niveles de lenguaje: el de la gente común, diseñado para referirse a asuntos cotidianos; el de los nobles, más poético y culto, pero sin gran sabiduría; y el lenguaje de los magos o iniciados, que contenía (codificada) toda idea que un hombre anhelante pudiera requerir para la verdadera iluminación.

En analogía a estos lenguajes, había una religión sencilla de agricultura para los profanos, una de jerarquías y responsabilidad moral para la aristocracia, y la religión esotérica de misterio para los iniciados. Similarmente, cada representación de un Dios o idea abstracta tenía una imagen material (ídolo) para los supersticiosos, un jeroglífico para los nobles, y un simbolismo matemático—astro-nómico—científico más profundo para los sacerdotes.¹³

Enseguida hace notar que una estratificación similar existe, por ejemplo, en la actual iglesia romana, con santos y vírgenes para las masas, y teología para los iniciados.

Quizá no se pueda hacer una clasificación tan tajante y sencilla de los distintos casos generales de manifestaciones del anhelo espiritual, pero se pueden encontrar categorías relativamente bien delineadas. La idea es indagar la figura de ese anhelo observando las sombras que produce. ¿Analizando todas las prácticas religiosas podremos desnudar los ritos y descubrir qué actos específicos satisfacen a los fieles? Sería como examinar diferentes bebidas para discernir un poco el fenómeno de la sed. A continuación se señalan las áreas de la actividad humana provocadas principalmente por el afán místico.

La religiosidad.- En todas sus formas, el fin último de las religiones es la alabanza a Dios y el acercamiento del alma humana a ese ser. Lo que tiene una gran variedad de manifestaciones es la descripción y definición de dicho(s) Dios(es), y la estrategia para acercárseles. Sin duda la religiosi-

13 Irene Nicholson, *Mexican and Central American Mythology*. Londres, Paul Hamlyn, 1968, p. 13.

dad tiene como impulso primario el afán místico. El ateísmo en la mayoría de los casos es simplemente una forma de religiosidad.¹⁴

La filosofía y la ciencia.- La asimilación del universo, el primero de los tres componentes del impulso místico, encuentra una salida más racional mediante la filosofía y la ciencia. Sin embargo, éstas no se dan aisladas de sus creadores. Los filósofos y científicos, en su mayoría, experimentan su versión del éxtasis religioso mediante la indagación de la verdad pura. Ellos también andan en pos de los absolutos. Algunos de ellos quieren erradicar lo sobrenatural de la mente humana, otros creen que por definición lo sobrenatural no existe, que todo lo que *es* pertenece a la naturaleza, aun lo que no entendamos. Hay quienes buscan al creador comprendiendo su creación, descifrando cómo piensa y actúa. Ambos buscan la verdad, ampliar la conciencia, explorar nuestra realidad y desarrollarnos en ella. Pero la gran diferencia es que la ciencia puede disociarse totalmente del afán místico, cuando nace de la experiencia y sus objetivos son meramente prácticos, como el descubrimiento de las vacunas. En cambio la filosofía, por materialista que sea, no lo logrará, pues aunque sus metas puedan llegar a ser mutuamente excluyentes, responden a las mismas preguntas que formula el anhelo místico. Bajo esta óptica, el hecho de que la ciencia cada día encuentre más soluciones a las demandas realizadas por la filosofía, indica que ciencia y filosofía convergen en sus partes, pero no necesariamente en su núcleo. De hecho, bajo la perspectiva de su relación con el afán místico, la ciencia no es un subconjunto de la filosofía. La filosofía va completamente ligada al afán místico.

Superstición.- Todas las formas de superstición y superchería son en conjunto causadas casi principalmente por el segundo elemento del afán místico: el escape de una realidad adversa. Además del afán místico, se puede identificar claramente otro elemento en la conformación de la superstición: el fanatismo.¹⁵ Todas las formas de superstición tienen en común que no sólo no pretenden respaldar sus actividades con una base teórica sólida, sino que su fuerza para obtener adeptos se apoya en atacar salvajemente la lógica, el sentido común y las evidencias concretas. ¿Cómo es

14 "El ateísmo también es una religión en el sentido que se basa en la creencia antes bien que en la prueba científica". Paul Hutchinson, *et al*, *Las grandes religiones del mundo*, Time, 1967, p. 13 (Libros de Time Life).

15 No se debe pensar en el fanatismo únicamente como el extremo del afán místico. Hay que recordar que el fanatismo se puede manifestar en gran cantidad de impulsos que no tienen nada que ver con lo sobrenatural, como el racismo y el clarivismo.

ésto? Se debe a que ganan su fuerza erigiéndose como contrapropuestas de visiones de la realidad aceptadas por consenso, como la ciencia. Toman su altura del enemigo contra el que se miden. Si por alguna razón alguien no podía asimilar la realidad como se la presentaban sus semejantes, una teoría alterna de un solo golpe le explica la realidad y le justifica su anterior estado de confusión. De hecho, mientras más extravagante y descabellado sea su sustento teórico, con mayor pasión los aceptará la gente, porque no apela a la parte racional de la personalidad, sino completamente al otro extremo. Debido a que el fanatismo explota al máximo el afán místico, apostando todo a lo sobrenatural y nada a lo racional, debido a eso, la mera educación académica no tiene efecto sobre ninguna manifestación del afán místico.

Se puede decir a favor del valor de esta categoría que el conocimiento humano aún no abarca toda la naturaleza, que puede haber fenómenos reales escondidos detrás de algunas supersticiones. Recordemos la acogida que tuvo el electromagnetismo en el siglo XIX. Es claro que no debemos cerrarnos a conocer nuevos aspectos de la realidad en que vivimos. Sin embargo, es difícil de creer que algún conocimiento auténtico pueda ser descubierto más rápido leyendo horóscopos, restos de café y haciendo limpias, que observando y experimentando de manera sistemática, y buscando sustentos teóricos. Sin lugar a duda, es en extremo improbable que los ricos tesoros que la naturaleza aún no nos ofrece, se encuentren escondidos en la oficina de un parapsicólogo, entre sus piedras de la suerte, sus dibujos y amuletos milenaristas.

Ocultismo, ovnis.- Cofradías de "hombres superiores" que controlan el destino de la humanidad, civilizaciones superavanzadas que desaparecieron, enanitos de grandes ojos ovalados, etcétera. Todas ellas comparten lo que se podría llamar "el morbo del misterio de lo oculto", donde oculto es aquello que nadie –o sólo una minoría– conoce con certeza, que no puede ser descifrado por un esfuerzo científico y que –como la superstición– conlleva a una concepción de la naturaleza radicalmente distinta, o a un poder sobre ella, diferente al que se obtiene mediante la razón. Al igual que las supersticiones, no tienen inconveniente en acatar y discriminar evidencias científicas según les convenga o no, o de asesinar a mansalva la lógica y el sentido común, pero la diferencia está en que niegan tal cosa; buscan

fundamentar un sistema de pensamiento y creen que lo logran. Entonces, igual que un paranoico considera a todo el mundo conjurado en su contra, acusan de ceguera a todo aquél que no comulga con sus teorías, que para ellos son evidentes. Esta actitud de involucrarse en la bandera de la verdad, el aire de credibilidad que buscan, hace que tales teorías estén tan o más difundidas que las supersticiones.

El tema de los ovnis merece aclarar que no estoy afirmando ni negando la existencia de vida extraterrestre, como tampoco puse en cuestión la existencia de la divinidad para definir el afán místico. La razón por la que se incluye en este grupo, es que sus mitos están contruidos del mismo material, responden a las mismas expectativas, y son defendidos con los mismos procedimientos que el resto de los mitos ocultistas. Los fanáticos del ovni también buscan un absoluto, un ser superior, una guía, "una presencia real que certifique la verdad única del ser". ¿Han notado que ninguna de las naves que nos visita es de una civilización desesperada que venga a preguntarnos cuál es la "verdad única del universo"? Los que se abandonan al "morbo del misterio de lo oculto" buscan aquéllo que no puede ser conocido con certeza, en parte debido a que la sensación de poder y de misticismo es en la mayoría de los casos egoísta, exclusiva. Hay un afán desmesurado de separarse del camino de la ciencia, sin importar si al final se llega o no a los mismos resultados. Hay que trabajar fuera de las fronteras de la ciencia porque no se puede conservar la exclusividad sobre una actividad evidente o comprobable. Cualquiera que siguiera el procedimiento podría llegar a dominar dicha actividad.

No hay necesidad de "secretos" celosamente guardados por los "iniciados"; la única estructura de poder está dada por la habilidad y la experiencia, por la práctica. No hay un elemento sobrenatural que permita excluir al "resto de los mortales".

¿Dónde estaría la ventaja de tener un sistema de pensamiento independiente? Los "paranormales" se interesan en asuntos —casi siempre— fuera del alcance científico, no porque no tengan la capacidad intelectual para acceder a ese conocimiento, sino porque el trabajo científico implica realizar actividades concretas con resultados tangibles que no pueden ser ocultados bajo pretextos inverosímiles. En el fondo, la actitud típica de un ocultista es: "Aun sin poder comprobar que tengo razón, nadie puede comprobar que me equivoco. Hasta entonces mi creencia es veraz, válida".

Los mitos, la fantasía, los cuentos de hadas.- Las cosmogonías primitivas, las tradiciones orales, el arte y la fantasía son maneras que tiene la mente para explorar sus límites; es nuestro ser que busca su completa expresión; son ensayos de interpretación del mundo que no son sometidos al juicio de la razón. En muchas ocasiones estas creaciones han evolucionado y han sido tomadas como banderas de las expresiones antes mencionadas, principalmente la superstición y el ocultismo. Sin embargo, el anhelo místico es simplemente un ingrediente menor,¹⁶ no el principal, por lo que deben definitivamente ser excluidas del grupo de manifestaciones de este impulso.

EL VALOR DE CADA MANIFESTACIÓN

Ya identificamos los tres elementos constitutivos del afán místico, también enumeramos las manifestaciones sociales específicas que se han desarrollado como respuesta a éste anhelo. Ahora sigue lo más difícil: ¿cómo definir que un culto es un riesgo para el individuo o la sociedad? Más difícil, ¿cómo establecer cuándo es un obstáculo para su desarrollo? ¿podemos calificar, ejercer un juicio de valor sobre las distintas maneras en que el hombre manifiesta su anhelo espiritual? ¿cuáles de sus aspectos debemos calificar?¹⁷

La verdad absoluta del objeto de culto tendrá que ser dejada de lado, ya que, en efecto, no contamos con "la presencia real que la certifique". No podemos decir entonces que un tipo de culto es válido y otro no, de acuerdo a lo plausible de su autenticidad. Por definición sólo un absoluto puede negar o afirmar la existencia de otros absolutos: sólo un Dios podría certificar la existencia de otro Dios.

Es su valor práctico, lo único que podemos calificar, y aún esto supone un problema mayúsculo, es ¿cuál es el valor práctico de un culto? La función del misticismo dentro de la sociedad es innegable. La transición de milenio es un momento que no debe descuidarse, es necesario tomar postu-

16 Quizá donde juegue un mayor papel sea en la gestación de las cosmogonías primitivas.

17 "El hombre es inseguro, su conocimiento es fragmentario. En su inseguridad busca absolutos que prometen seguridad, a los que puede seguir, con los cuales puede identificarse. ¿Puede arreglárselas sin tales absolutos? ¿No consiste la cuestión en elegir entre mejores y peores absolutos, es decir, entre absolutos que ayudan a su desarrollo, y los que lo impiden? ¿No es cuestión de elegir entre Dios y los ídolos?". Erich Fromm, *Y seréis como dioses*. México, Paidós, 1997, p. 72.

ra, realizar acciones. Si consideramos deseable que la comunidad tome postura y aliente o desaliente conductas relacionadas con el afán místico, primero hay que tener criterios de evaluación para justificar tales posturas. Debemos de pedirle al culto, en primer lugar, que responda a las expectativas del afán místico: que satisfaga sus anhelos, que dé respuesta a sus preguntas, que haga eco a nuestro grito. Debe confortar al hombre, abatir su soledad. Pero no debe quedarse ahí. Además de servir al individuo, debe servirle también a la sociedad, y encaminarla a metas más altas, ayudar al hombre a asumir su condición humana. Debe ante todo impulsar a la humanidad hacia su destino. He aquí donde surge la mayor dificultad: si buscamos un consenso acerca de hacia dónde debe dirigirse la humanidad, de manera que nadie tenga objeciones, la definición sería un raquítrico conjunto de lineamientos tan abstractos que no tendrían ninguna aplicación práctica.

Es un hecho cada vez más aceptado que lo “bueno y malo” no existen objetivamente, no son conceptos absolutos, sino que dependen del observador. Sin embargo no somos seres etéreos ni ideales. Somos humanos, seres concretos, y como tales, estamos forzados a ver la realidad desde nuestro punto de vista; aun si no lo quisiéramos, siempre estamos tomando partido. En la práctica nos regimos por acciones concretas. El valor relativo que éstas pudieran tener desde una perspectiva ideal, es un valor absoluto a partir de la visión humana, real. Mientras no nos despojemos de nuestros cuerpos, emociones, anhelos, placeres y dolores, negar que existen los conceptos de “bueno y malo” es negarnos a nosotros mismos. Preferible es correr el riesgo de ser tajante y maniqueísta.

Isaac Asimov plantea en una de sus novelas de la serie *Fundación*, que si los objetivos se proponen de forma estadística y no totalitaria, la libertad de *cada individuo* sigue conservándose, ya que su actuación individual puede ir completamente en sentido contrario al resto de la sociedad, aunque ella misma sea vista como un todo, sigue dirigiéndose a un destino. Considero este argumento vital para cualquier concepción del destino de la humanidad, ya que es irreal y contraproducente fijarnos metas como tener una sociedad donde “absolutamente nadie” asesine, robe, viole, traicione, etcétera. Sin embargo es más creíble una sociedad donde, en *términos generales*, nadie sea asesinado, robado, violado o traicionado. Como dato curioso,

Asimov formuló este razonamiento basándose en la termodinámica, donde es imposible determinar el comportamiento de una molécula en particular, pero se puede hacer una descripción estadística del conjunto de ellas.

En su libro *Y seréis como dioses*, Eric Fromm resalta que la doctrina religiosa del Antiguo Testamento le concede más importancia al hecho de mantener la paz con los semejantes y no adorar ídolos, que en sí adorar a Dios. Interpreto ese argumento diciendo que antes de alimentar al afán místico con respuestas verdaderas, es necesario eliminar las respuestas falsas. Incluso se puede concluir de esa interpretación del Antiguo Testamento, que si no se alimenta al afán místico con respuestas falsas, *de algún modo ya se encontró la respuesta verdadera, o ya no es necesario buscarla*. Sería aventurado, arriesgado definir parámetros mediante los que la sociedad pueda evaluar la *bondad* de un culto en particular, parámetros –además de la legalidad y la afectación de derechos a terceros– que permitieran señalar tal o cual culto como *enfermizo, nocivo*. Sin embargo creo que es momento de arriesgar. Es algo que se debería considerar.

La gran pregunta que aún no logro responder es por qué la mayoría de la gente muestra tal predilección por formas enfermizas del afán místico, aun cuando no tienen necesidad de ello. Cuando digo no tener necesidad de ello, me refiero a que cualquiera que sea su móvil: asimilación del universo –búsqueda de explicaciones y significados–, o escape de la realidad –por ejemplo evasión de responsabilidad–, podría encontrar una respuesta más coherente, mejor sustentada, menos delirante, más real. ¿Por qué, incluso, hay quienes se niegan a aceptar la falsedad de algunos cultos, pese a las evidencias físicas, y en muchos casos incluso luego de la confesión del causante del fraude?

Páginas atrás propuse que tal vez las circunstancias en las que la gente se apropia de un culto sea hoy en día el único factor de discriminación entre uno y otro, puesto que se tiene total escepticismo hacia conceptos establecidos o autoridades morales. Si fuera verdad esto, nos estaríamos acercando más a la definición del problema: ¿cuáles circunstancias son propicias para que alguien se apropie de un culto y cuáles no? Es claro, por ejemplo, que los momentos de crisis personal y emocional son fértiles para la apropiación de un mito, pero hay que ir más allá, hay que saber exactamente qué circunstancias hacen que unos cultos sean apropiados y otros

rechazados. Tal vez podríamos llegar a ubicar cuáles son los factores que producen un ambiente propicio para la apropiación de lo que llamo *respuestas enfermizas al afán místico*. Ubicar esos factores como primer paso para evitarlos.

Vivimos en una sociedad donde hay individuos capaces de construir satélites y otros capaces de asegurar que las luces en el cielo son ovnis. Somos parte de una especie capaz de construir pirámides y capaz de adorarlas como obra de extraterrestres. Usamos el cuarzo para construir aparatos médicos de electrónica avanzada y el mismo cuarzo lo utilizamos como amuleto colgado al cuello. Esta disociación puede ser altamente peligrosa: ya una vez este abismo entre sabiduría y fanatismo llevó a construir y destruir la biblioteca de Alejandría; en otra ocasión entrañó siglos de oscurantismo, y los ejemplos sobran. Podría ser que estemos en camino de algo similar pero en mayor escala.

EPILOGO

El cambio de milenio y el afán místico de la humanidad está llegando a la catarsis. Se escucha el llamado como ruido de tormenta marina, cualquiera que se acerque con los ojos abiertos verá colgado en todas las ciudades del mundo el letrero: *Se solicita Mesías*. Hay que reconocer esta situación y hacer algo al respecto. Si la humanidad busca un Mesías y no lo encuentra, va a elegir uno falso.¹⁸ En ese sentido, nuestro momento histórico constituye a la vez una gran oportunidad de renovación y un gran peligro. Podemos trazar un destino para la humanidad y comenzar a avanzar o, indolentemente, seguir la inercia que llevamos, nos lleve a donde nos lleve. Hay que recordar que no sólo no parecemos acercarnos a una meta, sino que ni siquiera tenemos garantizada la supervivencia de la especie. Evitar que la humanidad elija falsos cultos no puede lograrse simplemente atacándolos. Toda prohibición es contraproducente. En dado caso hay que desalentar, provocar tendencias de conducta más que esquemas totalitarios, recuérdese el análisis estadístico de la conducta, de Asimov. Es necesario proponer una respuesta más convincente y contundente por cada respuesta falsa que se deseche. De algún modo, aunque evitar este descarrilamiento de nuestra

¹⁸ Creo que es bastante claro el riesgo del mesías que elige un pueblo. Pongo por ejemplo a la Alemania nazi; ¡y vaya que hay muchos otros!

historia es lo más urgente, tal vez la solución pueda ser obtenida ofreciendo una respuesta honesta, práctica y trascendente para el anhelo espiritual de nuestra especie.¹⁹

Seguramente pensar en un proyecto de alcance mundial, un proyecto sobre el anhelo místico de la humanidad no sólo suena ambicioso sino megalomaniático. Podría pensarse que si como individuos ni siquiera podemos controlar nuestros sentimientos y estados de ánimo, menos podemos aspirar a hacer algo respecto a la sociedad en su conjunto. Pero esa es una lógica engañosa. Considero que no debemos esperar a poder cambiar nosotros mismos para cambiar el mundo, creo que ambos procesos se deben dar a la par, simultánea y continuamente. Hasta este momento de la historia el consciente colectivo ha sido solamente una voz difusa, indefinida, que aparece muy de vez en vez, por breves instantes. Quizá llegue el momento en que sea tan clara como la voz individual. Tal vez ya sea así y sólo nos haga falta saber escucharla.

En 1927 Herman Hesse afirmaba que aun el hombre más simple necesita encontrar un sentido a su vida y un significado a su muerte. Luego se preguntaba si de esa enorme ola de credos y supersticiones, saldría una *nueva creencia única* que nos dé nuevas certezas y orientaciones morales para esta nueva era. Postulaba que aun si este nuevo credo no es verdadero, al menos ayudaría a la gente a vivir, a no sólo sobrellevar su existencia, sino a elevarla y santificarla. Es el concepto de que no se puede verificar la autenticidad de un culto, sino únicamente su valor práctico. Él atribuía la salvaje variedad de supersticiones a que cuando un hombre no encuentra esas respuestas pierde su moral, se hunde en un profundo egoísmo y miedo a la muerte.²⁰

Aunque definí culto como cualquier manifestación del anhelo espiritual: religión, filosofía, superstición o doctrina ocultista, considero que solamente una religión puede tener la capacidad de convocatoria y autoridad moral para ser universal, y a la vez el rigor formal para cumplir el propósito en cuestión. ¿Hay actualmente una religión honesta, práctica y trascendente? Me parece evidente que tal religión no está entre nosotros porque las

19 Por un momento imaginé lo peligroso que sería jugar con la idea de forzar la situación de crisis del individuo para hacer que se apropie de una creencia. Recordé el argumento de la película *Naranja Mecánica*.

20 Herman Hesse, *My Belief. Our Age's Yearning for a Philosophy of Life*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1974.

iglesias ya no tienen la universalidad ni autoridad moral para fungir de guía o dictar códigos morales, ni el poder de convocatoria para evitar que la gente busque supersticiones para complementar su dieta espiritual. El lazo entre las creencias de un individuo y su actuación cotidiana es demasiado débil, tal vez lo que se requiera consista en reinventar el nexo entre el hombre y su religión, reapropiarnos de nuestras creencias. Se requeriría cambiar muchas cosas en los cultos existentes. Digamos entonces que habría dos opciones: crear una religión nueva, o reestructurar una(s) previa(s).

Crear un nuevo culto, en particular una religión, no puede ser llevado a cabo a voluntad, no es un proyecto que pueda ser resuelto mediante un esfuerzo sistemático. Ciertamente es necesario un trabajo metódico para darle solidez y coherencia, pero si pretendemos ubicarla en las regiones del hombre que están fuera del juicio de la razón, no podemos utilizar únicamente las herramientas de la razón para construirla, hace falta cierta inspiración, *un toque de fuego*. A propósito del mito, Campbell señala: "Sólo el accidente de la experiencia y los símbolos de un mito viviente pueden descubrirlo y apoyarlo; pero tales signos no pueden inventarse. Se encuentran. Entonces funcionan por sí mismos".²¹ Si amaneciendo el siglo XXI apareciera una figura del peso de Mahoma o Cristo, seguramente veríamos un cambio sustancial en el curso de la historia. En fin, que tal cosa suceda es improbable, o al menos no es seguro, por lo que no sirve de piedra angular para la unificación de credos.

Imaginemos por un instante la segunda opción: una reestructuración y renovación de las religiones existentes. En teoría es posible que satisfagan completamente las necesidades místicas de la especie, apoyen su desarrollo hacia un destino y no incluya lineamientos nocivos. Sin una intervención divina que designara a una religión como verdadera y a las demás como falsas, se tendría que incluir a todas. Buscar un acercamiento entre las distintas iglesias;²² con tolerancia y autocrítica, despojar de cada culto todas las características que lo hacen parcialmente nocivo o inútil. Pero más que nada, esta unión entre las religiones debe unificar las metas comunes del espíritu humano, esos objetivos no escritos a partir de los cuales cada religión desarrollará sus mandamientos. Imaginemos, a modo de

21 J. Campbell, *Las máscaras de Dios: mitología occidental*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p. 552.

22 No hay que forzar la totalidad, bastaría que una gran mayoría de los creyentes estuvieran representados.

divertimento, que se forman varios contingentes: teólogos, filósofos, santones, curanderos, *gurus*, lamas, sacerdotes, etcétera. ¿Quién coordinaría los trabajos? ¿El Papa, el Dalai Lama, un imán persa? ¿se tendría que buscar a alguien neutral, gnóstico o ateo? O tal vez algún premio nobel de la paz, o un diplomático reconocido. Si no, la coordinación tendría que dejarse a un comité de múltiples creencias elegido democráticamente. ¿Dónde se desarrollarían los trabajos y bajo qué agenda? Quizá la primera reunión tendría que ser únicamente para definir la agenda, invitados y lugares para las siguientes sesiones. Prácticamente todas las naciones se reúnen en un sólo lugar periódicamente, en los juegos olímpicos y los campeonatos mundiales de otros deportes. ¿Por qué no hacerlo una vez cada 15 años para planear el destino del espíritu humano? De esta curiosa fantasía de reunir 100 o 200 líderes espirituales trabajando por una doctrina unificada, o al menos común, se obtendrían resultados polémicos pero no intrascendentes. La logística de este hipotético evento podría ser un fascinante tema de tesis para un grupo de filósofos, sociólogos, psicólogos, antropólogos, teólogos, especialistas en derecho internacional e historiadores. ¿Quién sabe? Tal vez teniendo la agenda lista alguien se decida a enviar las invitaciones y se podría concretar tan descabellado proyecto. ¿Este "concilio espiritual" tendría la autoridad moral combinada de las iglesias participantes? ¿será desacreditado por las mayorías que lo consideren obra del hombre y que consideren sacrílego modificar los dogmas de cada iglesia que aparecieron por iluminación divina? Se necesita entonces un evento detonador, un elemento catártico, el momento es claro: el inicio del milenio. Hoy.

Pero, en fin, la idea es sólo un divertimento. No creo posible ni deseable unificar todas las creencias en una sola. No sería saludable para nosotros como especie puesto que una fe única fácilmente puede tornarse coercitiva, totalitaria. Es indeseable incluso por diversidad cultural. Además, para ser tan universal, la nueva fe tendría que limitarse a las características comunes de todos los pueblos, y eso la haría tan ambigua que dejaría sin cubrir gran parte de las necesidades que una fe debe satisfacer. Y suponiendo que fuera posible, no necesariamente sería útil. En una sociedad las manifestaciones prácticas del afán místico, como la moral, no dependen solamente del culto elegido por tal sociedad, dependen en gran parte de la manera en que los individuos se apropian de dicha creencia.

Es perfectamente factible tener una práctica cotidiana completamente alejada del cuerpo teórico de la religión que se profese, por más fanática que sea la creencia. Volvemos al argumento de que los cultos acuden a la parte mística de la personalidad, no a la lógica. Ejemplos de esto, sobran: la inquisición, el Ku Klux Klan, la represión femenina en las sociedades musulmanas y un largo y lamentable etcétera. En general cualquier hombre puede actuar de manera completamente contraria a los principios de su religión sin encontrar o importarle la contradicción. El credo más perfecto podría tener seguidores perversos, el más endeble podría tener seguidores armoniosos: el afán místico es constante en la sociedad, pero la coherencia entre credo y actos depende de la manera en que el afán místico se apropie del culto elegido. En pocas palabras, no es suficiente cuidar el alimento sino la manera en que se ingiere.

Fromm hace notar que en el paraíso, según el Antiguo Testamento, habrá paz y armonía: "Aunque todos los pueblos anden cada uno en el nombre de su Dios".²³ Textualmente: "Cuando se hayan establecido la paz y la libertad respecto del miedo, importará poco cuáles son los conceptos que emplea la humanidad para dar expresión a sus fines y valores supremos".²⁴ La diferencia reside, yo creo, en la manera en que canalicemos nuestro afán místico, en el hecho de que hagamos el paraíso o no.

SIN CONCLUSIONES

En caso de haber un cambio hay que recordar que no se dará de un día para otro ni será irreversible: cada ser humano nace con la conciencia en blanco, por lo que el proceso histórico estará lleno de pasos atrás. Por lo menos hasta que la genética provoque un cambio cualitativo, nuestros hijos nacerán con un conocimiento del mundo similar al que tenía el recién nacido antiguo, hijo de un faraón o de un maya. Tal vez habrá nuevos cultos —o modificaciones de los anteriores— suficientemente atractivos como para que en su mayoría la población no elija respuestas falsas. Ojalá sean suficientemente robustos y flexibles para no permitir que haya radicales que lo malinterpreten. Ojalá puedan hacer que la sociedad como conjunto tenga una meta común.

²³ Miqueas, 4:5.

²⁴ E. Fromm, *op. cit.*, p. 116.

El hombre moderno está buscando su esencia, busca reunirse con su elusiva alma. Tal vez mediante el éxtasis místico –o como Descartes, mediante el razonamiento– podamos por un momento sentir, atisbar esa alma humana, o alma universal. Pero eso no es suficiente, necesitamos tocarla, entenderla, usarla para hacer trascender a la humanidad, y de ser el caso, para integrarnos con nuestro creador. Nos queda un largo milenio por delante.